

# Revelación de Juan Margallo

José Antonio Gabriel y Galán

A Sastre le está ocurriendo, en cierto modo, y salvando las distancias, lo que a Godard. Su interna coherencia ideológica le hace huir del teatro comercial tradicional o del teatro oficial de calidad para precipitarle en el marginal, de barrio o independiente. Quizá en el caso de Alfonso Sastre no se trata de una estricta decisión voluntaria, sino algo más bien impuesto por unas determinadas circunstancias. La cuestión está en que los resultados, tanto en el ejemplo Godard como en el Sastre, son más bien problemáticos.

Ahora en «El Gayo Vallecano» le han montado una pieza que él escribió durante su estancia en la cárcel de Carabanchel. Los destinatarios eran los propios presos; por eso es una obra de circunstancias. Los del «Gayo Vallecano» la han alargado hasta conseguir una función normal bajo el título «Ahola no es de leil».

El texto de Sastre es una especie de parábola brechtiana pasada por la picaresca española. Dos soldados hispanos (para más señas Rinconete y Cortado), en la guerra de Cuba, reciben la orden de llevar a La Habana a un chino condenado a muerte. Para los soldados el trayecto es un auténtico descanso festivo. Pero el chino se les escapa en un momento dado. Llegan a La Habana y solucionan la papeleta cogiendo al primer chino que encuentran y presentándolo a las autoridades como el sentenciado. Hay un estrambote en el que se descubre que el chino escapado tampoco era el verdadero condenado, sino que los dos soldados anteriores encargados de su custodia habían repetido la misma operación.

Como el texto quedaba corto, los del Gayo han decidido pro-

seguir el tinglado situando posteriormente la acción en la guerra del Sáhara. Este alargamiento va en perjuicio de la justa medida que la obra tenía en la intención del autor.

La pieza de Sastre es, pues, una parábola simple, cuyos objetivos ideológicos se alcanzan a ver rápidamente, tras lo cual no queda nada, ni siquiera la sorpresa. Es una obra menor en la producción del autor. Y poco más debiera añadir si no fuese por el excelente trabajo que con este texto ha desarrollado Juan Margallo en la dirección.

A mí me ha sorprendido favorablemente porque tenía encasillado a Margallo en el nefasto estilo del último Tábano. Este trabajo supone un salto adelante considerable por lo que tiene de madurez, de derroche imaginativo, de profundo conocimiento de las posibilidades teatrales. La economía de medios es aquí una pirueta magnífica que Margallo sabe aprovechar en beneficio propio. No es sólo la agilísima concepción del espacio escénico y del empleo de materiales, sino sobre todo el haber sabido exprimir hasta las últimas gotas de teatralidad a un texto no muy sobrado de ello.

El teatro español atraviesa una aguda crisis de directores. Por eso este descubrimiento -revelación de Margallo es un acontecimiento felicísimo. Es de esperar que se lance a empeños de mayor envergadura.

**Título:** «Ahola no es de leil»

**Autor:** Alfonso Sastre.

**Intérpretes:** Grupo Estable de el Gayo Vallecano.

**Director:** Juan Margallo.

**Teatro:** «El Gayo Vallecano»



Rosa M.ª Sardá

## Tres descripciones de un paisaje

Jaume Melendres

*El montaje de «Descripció d'un paisatge» con que inicia su trayectoria pública el Teatro Estable de Barcelona, nuevo inquilino del Romea, es el ejemplo mismo del trabajo en antiequipo. Lo han hecho, comanditariamente, en los puestos clave, Josep M. Benet, Juan Ollé y Iago Pericot.*

Salvo raras excepciones, Benet había escrito siempre un mismo texto: la descripción realista de un mundo que dictó Franco. Con «Quan la ràdio parlava de Franco», Benet liquidó esa dramaturgia tan personal, tan biográfica, y decidió abrir nuevos caminos a su imaginación. Escribió entonces «Descripció d'un paisatge», la mejor —insisto— de sus obras. He oído decir que se trata de un remedo de Espriu. No es verdad: aunque se base en una tragedia griega, aunque en ella figure un narrador a la manera de l'Altíssim de la «Primera història d'Esther», «Descripció d'un paisatge» no es un texto espriano. La invención es mucho más antigua, mucho más universal. Benet recurre a ella para darnos, abandonando el tono documental y naturalista de los textos

anteriores, sus ideas personales. Algunos aseguran que se trata de ideas, si no reaccionarias, muy ambiguas. Y cierto es que «Descripció d'un paisatge» puede ser leída como la justificación humanista de un dictador. Los dictadores matan y torturan, viene a decir Benet, pero tienen un corazón que late y pueden ser salomónicamente justicieros. Es mucho peor, añade Benet, el crimen individual que el crimen social. Eso opina Benet, y está en su derecho. Y sobre todo, lo hace con un atrevimiento formal indiscutible, muy próximo a las aportaciones recientes de la narrativa, tan difícilmente incorporables a la escena.

Luego está Joan Ollé. Fue ya el director de «Quan la ràdio...», pero jamás comprenderé por qué Ollé dirige textos de Benet. Ollé nunca ha sido un director preocupado por la narración de una historia. Es director de collages. Sus mejores trabajos son «Nocturn per a acordió» (sobre textos de Papasseit), «No hablaré en clase» (de carácter documental) y «Plany per la mort d'Enric Ribera». La puesta en escena de «Descripció...» demuestra hasta la saciedad que Benet y Ollé son dos universos inconexos: Ollé se limita a programar razonables entradas y salidas, a exigir solemnidad de los actores y a echar fuera las pelotas escenográficas.